



Lo único
imprescindible para
ser Marie Curie es
ser mujer...
lo demás lo aporta
el conocimiento

“¿Quién es capaz de convencer a una adolescente de que estudie resistencia de materiales en vez de subir vídeos a TikTok?”

Ana Isabel Elduque



hipertextual.com

Marie Curie (1867-1934).

El debate sobre cómo aumentar, y si es conveniente hacerlo, el porcentaje de mujeres en los estudios de las carreras STEM (*Scientific, Technological, Engineering and Mathematics*) es complejo y no tiene ni una respuesta única ni mucho menos sencilla. En las siguientes líneas trataré de abordar el tema desde dos perspectivas.

¿Es necesario y conveniente fomentar la corrección del desequilibrio existente en el número de alumnas y de alumnos en las carreras STEM?

¿Qué puede causar que las mujeres, a pesar de su masiva incorporación a la educación superior, no las encuentren suficientemente atractivas para sí mismas?

¿DEBEMOS CORREGIR EL DESEQUILIBRIO?

Mucho se habla de la falta de equilibrio en el género de los alumnos de las denominadas carreras STEM y el resto comparándolo con las curvas demográficas. Las chicas parecen menos interesadas en estas titulaciones que en otras, por lo que, a pesar de ser mayoritarias frente a sus compañeros varones en el conjunto de la universidad, en estas áreas concretas son claramente minoritarias. En las carreras científicas hay grandes diferencias entre las titulaciones más cercanas a la química (Química, Bioquímica, Biotecnología y equivalentes) y las más cercanas a la física, la ingeniería o las matemáticas, pero sí podemos aceptar el hecho del desequilibrio como algo general.

Lo primero sobre lo que quiero reflexionar es determinar si realmente es necesario cambiar la situación de que las adolescentes sientan menor atracción por la formación STEM.

No he encontrado una respuesta desde un punto de vista psicológico. Nada nos lleva a pensar que las mujeres científicas y tecnólogas sean más capaces de proponer y de crear invenciones mejores que los hombres, entendiéndose por mejores aquellas que más ayudan a la humanidad. Tampoco pienso que se produzca un aumento en la innovación porque haya más participación femenina. Pero la pregunta sigue en el aire y debo responderla.

Desde una óptica de igualdad social, feminista si alguien prefiere usar el término, llego a la conclusión de que sí hay que defender la idea de corregir el desequilibrio y hacer un esfuerzo por conseguirlo. A continuación, explicaré la argumentación.

Históricamente, la defensa de la inferioridad de la mujer se ha asociado a la asignación de roles diferentes entre nosotras y los varones. Como cada género estaba predestinado a tareas diferentes, el trato social y la implicación de cada uno en las labores colectivas debían ser

►
"Madre e hijo",
Georgios Iakovidis
(último cuarto del
siglo XIX).



diferentes. El hombre debía recibir su formación para su trabajo extramuros del hogar, donde se enfrentaba al conjunto de la sociedad. Todas las tareas domésticas, intramuros, quedaban asignadas a la esposa-madre-hija, es decir, a la mujer. Por tanto, la formación que cada uno debía recibir debía ser, sin ninguna duda, diferente.

Con el tiempo, esta discriminación necesitaba ser explicada mejor, ya que un mero cambio en los papeles hubiera llevado a la conclusión de que sí, que sí era adecuado asignar una formación diferente a aquel que se quedaba en el hogar frente al que trabajaba fuera, pero esto no significaba que el trabajo del hogar fuera para la mujer y fuera de él para el hombre. La Primera Guerra Mundial puso de manifiesto que las mujeres podían ocupar perfectamente puestos de trabajo en las fábricas que habían estado reservados a los hombres. Estos estaban en las líneas de trincheras y ellas en las líneas de montaje. Ningún género estaba en el sitio que la sociedad ordenada de principios del siglo XX exigía. El fin del conflicto demostró que, al menos en los países más avanzados, las mujeres ya no estaban dispuestas a resignarse y volver intramuros. Sufragistas y luchadoras por la igualdad femenina ya no pudieron ser silenciadas

en sus protestas. Por tanto, los defensores de la sociedad tradicionalista segregada entre hombres y mujeres necesitaban argumentos nuevos.

Como ya hacía varios siglos que se nos reconoció que teníamos alma, que las mujeres éramos seres humanos completos, la argumentación se centró en que nuestras aptitudes innatas eran diferentes. La maternidad, hecho diferencial entre hombres y mujeres como en todos los animales sexuados, y el dimorfismo sexual, por el que los hombres suelen tener un tamaño corporal mayor que el de las mujeres, como en la mayoría de los mamíferos superiores, son hechos inapelables de que no somos iguales. Como esgrimen los defensores de la desigualdad, la Naturaleza, en su enorme sabiduría, nos ha hecho diferentes. Pero este hecho diferencial natural, que nadie niega, no implica que nuestras capacidades intelectuales sean diferentes. El bipedismo del homo sapiens supone unas terribles dificultades para el parto vaginal. Esto ha provocado que seamos una de las especies que más prematuramente deba nacer, lo que supone un mayor riesgo y obliga a una mayor dedicación para el cuidado de madres y, sobre todo, de hijos. Conclusión lógica de lo anterior: las mujeres somos



Imágenes de mujeres trabajando en la industria a principios del siglo XX.

“La Primera Guerra Mundial puso de manifiesto que las mujeres podían ocupar perfectamente puestos de trabajo en las fábricas que habían estado reservados a los hombres.”

más incapaces de relacionarnos con nuestros semejantes y debemos quedarnos en casa porque necesitamos algunos días para recuperarnos de los partos.

Esto suena a caricatura, pero todas hemos escuchado a hombres decir que, en un momento dado, se despierta en nosotras el sentimiento maternal innato y que estamos dispuestas a dejarlo todo por convertirnos en madres. Además de la maternidad, las mujeres tenemos un ciclo menstrual durante toda nuestra edad fértil. También es frecuente oír que ellos se dan perfecta cuenta de la situación, dada nuestra mayor sensibilidad e irritabilidad. Estos hechos puramente biológicos han permitido extender la creencia entre muchos varones de que el absentismo laboral femenino es mucho mayor, lo cual está demostrado que es absolutamente falso. Finalmente, también se nos asigna un mayor sentido estético, pero no en que tendamos a buscar la belleza en las acciones y los comportamientos, sino en que nos dedicamos a redecorar nuestros entornos laborales inmediatamente, colocando cortinas y alfombras, macetas en el alféizar de las ventanas y otros adornos típicos de nuestra condición femenina. Los que así opinan, nunca nos considerarán capaces de planificar el trabajo y dirigir tareas complejas.

Hoy en día la discriminación sigue justificándose por medio de afirmaciones del estilo de que nuestras capacidades son diferentes y nuestra formación y dedicación debe atenerse a lo que la Naturaleza nos ha otorgado a cada uno. Aunque entraré en más detalle más adelante, quiero afirmar aquí que, según esta forma discriminatoria de pensar, se produce inexorablemente la circunstancia de que los puestos con mayor poder y remuneración siempre exigen competencias que caen en el lado masculino, nunca en el femenino.

Parir con dolor no nos hace menos capaces que un hombre para comprender la complejidad de una situación. Por tanto, si queremos desterrar definitivamente la idea de que no tenemos las mismas capacidades, sí hay que dar un paso al frente y romper todas las situaciones donde se dan diferencias. Una sociedad moralmente responsable no debe soportar ninguna situación de desigualdad.

Al igual que las sufragistas de 1918 reclamaron sus derechos y que no era necesario que los hombres se mataran entre sí para que una mujer ocupara un puesto de trabajo, al igual que en los años sesenta del siglo XX las mujeres del mundo libre tuvieron que exigir,



unsplash

hasta lograrlo, que sus cuerpos eran suyos, lo mismo tenemos que seguir haciendo ahora. Tenemos que decir que las científicas, las ingenieras, las tecnólogas y las matemáticas no deben ser formaciones vergonzantes para las chicas que las condene a una posición laboral tradicionalmente ocupada por hombres y que les va a exigir copiar su comportamiento. Los roles y estereotipos solo sirven para justificar la discriminación, sea por sexo o por otras muchas causas y los ciudadanos de una sociedad democrática no podemos permitirlo.

CAUSA DEL DESEQUILIBRIO

A lo largo del siglo XX, las mujeres nos hemos ido incorporando a la formación universitaria en la mayoría de los países industrializados, allí donde no hay condicionantes de orden religioso que restringen, e incluso impiden, nuestro acceso a la educación superior.

“La maternidad y el dimorfismo sexual no implican menor capacidad para acometer los mismos retos.”

Evidentemente, la incorporación no se ha producido al mismo ritmo en todas las formaciones. Las áreas sociales y humanísticas han sido las pioneras, seguidas por las que, hasta hace poco, eran consideradas auxiliares en las áreas biomédicas. Seguimos diciendo que la enfermera o la parvulista hizo esto o aquello. Pero hay que reconocer que en la formación STEM sigue habiendo una diferencia clara y, en casi todos los países, no solo en España donde podríamos recurrir a nuestro retraso social histórico o a una mayor influencia de la Iglesia Católica en la conformación de nuestras costumbres y hábitos sociales. Países con un retraso menor, digamos del área centroeuropea, y sin la Iglesia tan involucrada en tareas educativas, muestran datos análogos y perfectamente comparables. Las causas, por tanto, debemos buscarlas en otro sitio.

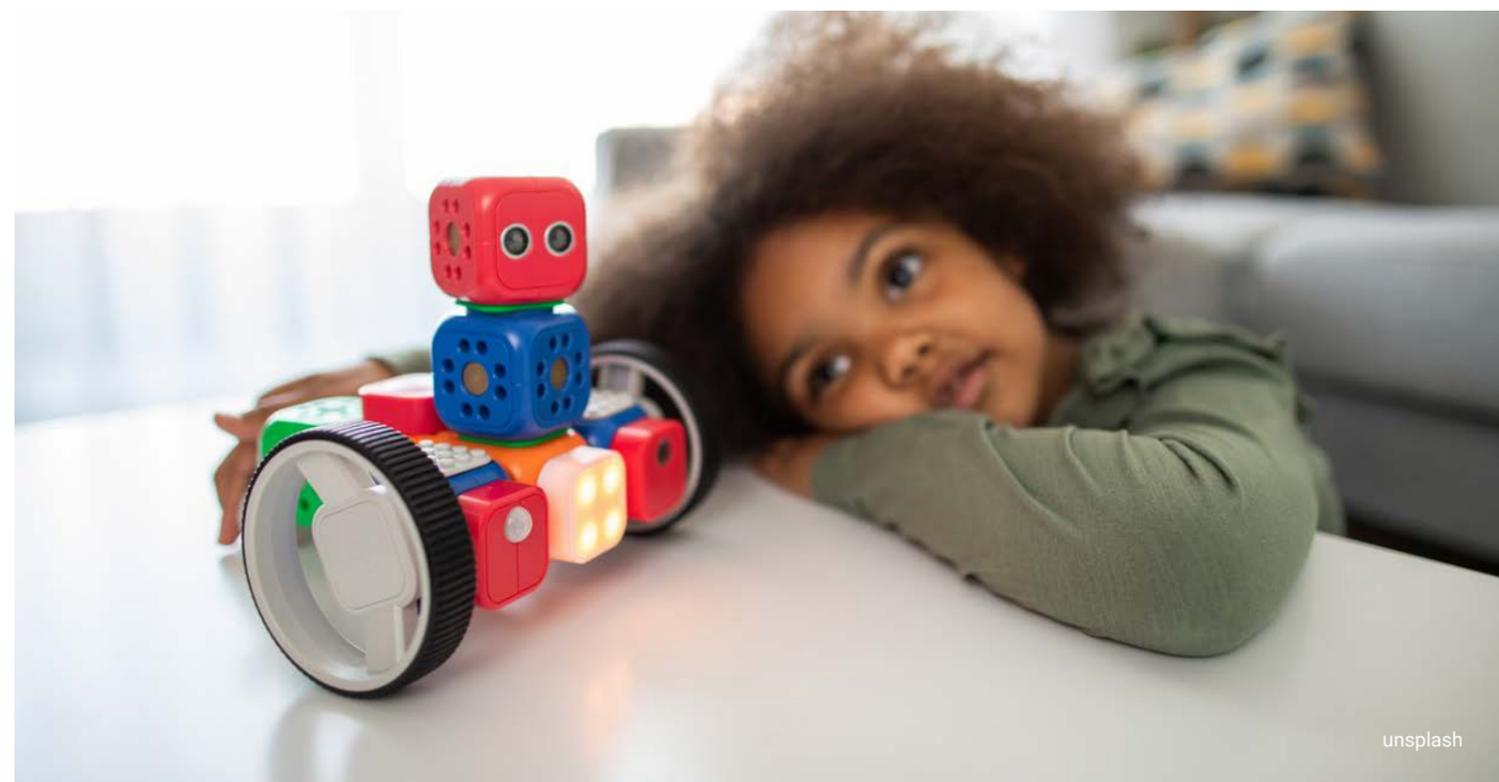
Al primero que creo que debemos dirigir nuestro estudio es a aquel que me ha llevado a pensar que sí estoy obligada a pensar en cómo se puede ayudar para eliminar la brecha entre alumnas y alumnos en las carreras STEM. Y este argumento no es otro que hay demasiadas personas que consideran que nuestra aptitud, entendida como capacidad, y nuestra actitud, entendida como nuestra disposición al esfuerzo requerido, son diferentes a las de los hombres. Concluyen que, si una mujer no es ni apta ni actúa conforme a lo que se exige de un ingeniero, ¿cómo va a convertirse en una buena

ingeniera? Para lograrlo se le exigiría un esfuerzo ímprobo que redundaría en que otras muchas de sus facetas femeninas, como la maternidad, se verían resentidas. Al final, la sociedad tendría una ingeniera mediocre y una mala madre. Es obvio que no merece la pena fomentar que las chicas se dediquen a la tecnología, piensan.

Hay que luchar contra esta argumentación. Para poderlo hacer debemos tener en cuenta factores intrínsecos que tienen las actividades relacionadas con el mundo STEM, como son:

- Las áreas de conocimiento STEM son cada vez más complejas, en el sentido de que requieren un conocimiento más multidisciplinar en la resolución de problemas.
- La misma complejidad anterior precisa que el trabajo colectivo, frente al individual, sea imprescindible para llegar a alguna conclusión o propuesta interesante.
- Las áreas STEM suelen desarrollarse en muchos ambientes. Aunque la formación, como el resto, se lleve a cabo en un determinado centro, el desarrollo profesional es muy probable que requiera un alto grado de movilidad personal.

Y otros de carácter sociológico que influyen notablemente el posible desarrollo de las personas:



unsplash



otras, que ya no debe haber puestos de trabajo que requieran de un esfuerzo físico extraordinario que solo un varón puede desempeñar, pues la colocación que exija esto debe desaparecer por peligrosa.

LA VALORACIÓN PROFESIONAL DE LAS CARRERAS STEM

Hasta ahora me he circunscrito a las barreras de entrada que existen para la incorporación de las mujeres al mundo STEM. Voy a dedicar las siguientes líneas a su aceptación social y a su capacidad para el desarrollo profesional.

Las carreras STEM han estado casi siempre relacionadas con el mundo masculino, sobre todo en su parte más tecnológica. La imagen del tecnólogo, del ingeniero o del científico más aplicado están asociadas casi indefectiblemente con efigies de varones. Desde la antigüedad, solo el hombre ha estado dedicado a las cosas prácticas. La máquina era territorio exclusivo suyo. La entrada de alguna mujer en este mundo se ha considerado una extrañeza. Si se hace la búsqueda de ingenieras históricas, nos encontramos con nombres como Sarah Matter (inventó el periscopio), Ada Lovelace (propuso algoritmos para máquinas calculadoras), Barbara Crawford Johnson (participó en el programa de la NASA para los viajes a la luna) y otras muchas que son perfectas desconocidas. Las mujeres tecnólogas simplemente no han estado bien vistas y su reconocimiento social es mínimo.

Con este antecedente, ¿cómo vamos a conseguir que una familia promueva a sus hijas hacia el mundo STEM si este no está valorado?

El sistema educativo debe ofrecer a los alumnos las herramientas que precisan para que puedan desarrollar su vida, personal y laboral. Nadie puede olvidarse de su entorno. Es muy frecuente que los padres transmitan a sus hijos sus querencias formativas, aunque muchas veces no sean más que filias y fobias hacia unas determinadas áreas de conocimiento. Por tanto, el impulso formativo de padres no familiarizados con áreas STEM hacia sus hijos va a ser siempre tendente a no fomentar estas carreras entre las adolescentes. No es posible pensar que alguien promueva lo que no conoce o no considere que es lo mejor para sus hijos.

Junto a la falta de apoyo familiar en considerar la formación STEM como una posibilidad para sus hijas, los

- La mujer que se incorpore al mundo STEM, especialmente fuera del entorno académico, se va a encontrar en clara minoría en la generalidad de los casos, lo cual puede hacer que se sienta menos segura en un ambiente marcadamente masculino. La mujer, al menos al inicio de su carrera profesional, va a requerir fuertes dosis de estabilidad emocional, pues va, con toda seguridad, a enfrentarse a situaciones complicadas, al menos hasta que alcance la autoridad necesaria en su grupo.
- Este mismo hecho tiene su efecto entre los hombres. Los que no creen en la igualdad, se sentirán incómodos por la presencia femenina, por lo que su nivel de colaboración se verá afectado. Este hecho puede llevar a algunos a rechazar el cooperar y compartir con la compañera femenina.

Este último punto llega al paroxismo cuando son los empleadores los que opinan que determinados puestos no pueden ser ocupados por una mujer. Es muy frecuente que se oiga en ambientes de trabajo tradicionales que, para mandar sobre los operarios, las mujeres no valen. Dicho así, sin ninguna prueba ni

contraste, y sin que nadie contradiga al que ha emitido este juicio de valor, es lógico que cualquier mujer que lo oiga esté incomoda y opte por buscar una posición de mayor confort. Un efecto perverso de esto mismo es la repetición de esta idea que hacen muchos varones en su práctica laboral diaria, sin que ninguna experiencia personal les haya hecho llegar a esta conclusión. La situación discriminatoria se retroalimenta.

Por tanto, ante la diferencia de roles que se nos asignan a mujeres y a hombres y que suponen un lastre para el desarrollo de las carreras STEM entre mujeres, solo podemos decir que es imprescindible no cejar en el empeño y solicitar a nuestros compañeros hombres que sean testigos y portavoces de la falacia de la existencia de diferentes capacidades. La Ley ya está de nuestra parte, pues nadie puede exigir un determinado género para cubrir un determinado empleo, pero, con demasiada frecuencia, compañeros nuestros son los que hacen elecciones sesgadas y discriminatorias.

Sigamos diciendo, cada vez más alto, que no, que no hay roles femeninos y masculinos, que no hay mayores capacidades intelectuales en unos y habilidades en

“Sigamos diciendo, cada vez más alto, que no, que no hay roles femeninos y masculino.”

vástagos también aprenden por imitación. Pocas familias tienen entre sus elementos una mujer que se ha desarrollado en el mundo STEM. Por tanto, no hay ejemplos que imitar entre las niñas de hoy.

Ni los padres forman en ese camino, ni los hijos ven ejemplos sociales que emular. La siguiente herramienta de apoyo es, por tanto, el sector educativo, y la pregunta que surge es clara: ¿debe la escuela suplir estas carencias?

En temas formativos, asignar a la escuela aquello que las familias no llevan a cabo es terreno muy arriesgado. Hay cuestiones fundamentales que la escuela puede estructurar mejor, facilitando su comprensión. Existen valores sociales que se deben poner en práctica y las aulas son magníficos laboratorios donde hacerlo. La integración social de diversos colectivos y la superación de cualquier discriminación se deben hacer en las clases. Desde esta óptica, es decir, entendiendo que la incorporación de las mujeres a todos los aspectos de la vida es un valor que requiere la participación de todos, está claro que la escuela debe involucrarse y comprometerse al máximo para alcanzar el objetivo.

EL PAPEL DE LA SOCIEDAD

Debo comenzar este punto diciendo que el voluntarismo no es garantía de éxito. Muchas y muchos podemos poner en práctica numerosas acciones encaminadas hacia este fin, pero precisamos apoyos claros que deben venir de varios frentes.

El primero debe tener su origen en las autoridades educativas.

He explicado anteriormente mi convencimiento de que la necesidad de aumentar la participación de las mujeres en el mundo STEM viene fundamentalmente del hecho de que el desequilibrio de género se sostiene por la creencia de que hay roles femeninos y masculinos.

Debemos, por tanto, reclamar a todas las autoridades educativas que impidan al máximo la existencia de centros formativos segregados y que, como mínimo, no dediquen ni un solo recurso público, sea económico o de otra naturaleza, mientras la segregación por sexos sea una seña de identidad de esa institución. Ningún



sistema que impide que niños y niñas compartan pupitre puede formar en igualdad entre hombres y mujeres. Es imposible que se ofrezca la misma imagen de la sociedad, en términos de posibilidades de desarrollo personal, si el entorno inmediato ya es diferente para hombres que para mujeres.

Todo intento de negar este hecho es solo una justificación, pues los que lo practican tampoco se atreven a decir que están convencidos de la desigualdad, que en el caso de los géneros es el reconocimiento tácito de la inferioridad que nos asignan a las mujeres. Por tanto, repito la idea: la administración pública no puede ayudar ni apoyar a ninguna institución educativa que promueva o permita la segregación por género en sus aulas.

Los padres, que aparentemente tienen la libertad de elección de la educación de sus hijos, deben ser conscientes de que determinadas opciones tienen efectos muy serios sobre sus hijos. El primer ejemplo es lo comentado con anterioridad. Los progenitores tienen que asumir la responsabilidad de que separar educativamente a sus hijos y sus hijas tiene una trascendencia social mucho más allá de lo que hayan podido pensar.

Un segundo aspecto es la elección del centro. No todos los centros educativos ofrecen una oferta similar. La variedad de itinerarios permite y obliga a que determinados centros hagan unas propuestas más acordes con sus posibilidades. Un centro pequeño es muy posible que deba restringir la oferta de sus itinerarios para evitar que la escasez de alumnos le lleve a situaciones económicas insostenibles, y esto no depende de que la titularidad del centro sea pública o privada. La racionalidad de la oferta en cada centro está por encima de su carácter.

Antes de continuar con esta línea, quiero retroceder un poco y volver a comentar con más profundidad la diferente aceptación social de cada profesión y el reconocimiento social derivado de la misma.

En la sociedad actual no todas las profesiones tienen el mismo reconocimiento. Aquellas con mayor contacto con otras personas parecen haber disfrutado de un respeto social notable. Es el caso del médico, del farmacéutico, del maestro, gentes formadas y letradas que estaban en comunicación permanente con la población en general.

“Es imposible que se ofrezca la misma imagen de la sociedad, en términos de posibilidades de desarrollo personal, si el entorno inmediato ya es diferente para hombres que para mujeres.”

A otras profesiones se les daba un rango de especial deferencia, ya que entrar en contacto con ellos no era una buena señal y se prefería siempre no entender nada de su trabajo, pero tampoco tener que hacerlo. El caso de los profesionales de la justicia, jueces y abogados, es paradigmático. Disfrutaban de un predicamento social enorme, influenciado también por el temor de que su aparición en la vida de las personas comunes estaba aparejada a la existencia de problemas económicos o penales graves.

Los tecnólogos y las áreas afines (científicos, ingenieros, etc.) son reconocidos como sabios por la sociedad, pero su influencia mediática para la mayoría de la gente es tan pequeña que son más una rareza que un modelo. En todas las sociedades se reconoce la necesidad de las áreas STEM, lo contrario sería volver a tiempos anteriores a la revolución industrial, donde el método tecnológico básico era el de ensayo y error. En algunas áreas de especial desarrollo industrial, la figura del tecnólogo se asociaba al directivo de alguna empresa o sociedad, pero no era lo más frecuente.

Desde mediados de los años 90 del siglo pasado, la deslocalización industrial ha contribuido a la pérdida de peso social del profesional STEM. Ahora solo algunas actividades referidas a las TICs parecen disfrutar de algo de prestigio, pero las empresas protagonistas del cambio tecnológico se identifican en demasía con un determinado personaje, mezcla de visionario y líder, que con el colectivo que subyace en todas ellas. La imagen que se transmite de las grandes empresas es que Apple era Steve Jobs y otros, que Amazon es Jeff Bezos y otros, que Tesla es Elon Musk y otros, que Facebook es Mark Zuckerberg. ¿Este es el concepto real que tenemos de tecnología? ¿Crear empresas en las que solo uno disfruta de todo? Sus fortunas, absolutamente impensables hace apenas unos años, y su conversión en iconos visionarios que preceden al resto de la humanidad no es fomentar la tecnología como base del desarrollo humano. Estas compañías, inmersas en el mundo STEM, podían haberse dedicado a otras actividades, pues no son con las relacionadas con el mundo STEM con las que están logrando su respeto social. No, son las tremendas y hasta obscenas fortunas que gozan sus fundadores. Y emplean mucho de su predicamento para generar creencias sociales que redundan en aumentar su poder. Este es el modelo social que estamos transmitiendo a las próximas generaciones. Hablamos de liderazgo intelectual de los que gobiernan las empresas tecnológicas del mundo sin caer en

la cuenta de que son solo unas docenas de personas dentro de un planeta de casi ocho mil millones de habitantes. El resto, ¿qué somos? ¿Fracasados sociales?

Todo esto viene a colación de las rutas formativas que pueden ofrecer muchas de las escuelas. Los padres se consideran con el derecho de elegir el camino educativo de sus hijos. Si no hay una experiencia personal significativa entre los progenitores, la decisión se tomará gracias a muchos factores que interactuarán simultáneamente. ¿Alguien piensa que el hecho de que Elon Musk, cofundador de PayPal, Tesla y SpaceX, sea físico va a hacer que los adolescentes vean interés en esta formación académica? Si el personaje tiene atractivo es porque goza de una fortuna y poder descomunales, no por su formación STEM. La consecuencia de ello es que, ante la falta de demanda de este tipo de formación, difícilmente las instituciones educativas van a hacer esfuerzos adicionales en esta oferta. Volvemos a estar en un dilema de círculo vicioso. Los padres quieren el máximo éxito para sus hijos. Estos

“¿Cómo vamos a convencer a las chicas de que se decanten por esta formación si hay pocos éxitos que obtener ni modelos que imitar?.”

toman como ejemplos a aquellos que lo han logrado de forma más notoria y son portada de los medios de forma permanente. Ambos, padres e hijos, eligen ir donde piensan que van a lograr las herramientas mejores para poder, al menos en parte, alcanzar las metas que se han propuesto. Las instituciones formativas que ven que su oferta es rechazada, rápidamente comienzan a analizar el por qué y a imitar las prácticas que han llevado a cabo los otros centros que parecen tener mayor éxito. En poco tiempo, la oferta educativa converge hacia un único modelo que se retroalimenta.

Ahora vayamos con la segunda derivada. Todo lo dicho de la oferta educativa orientada hacia unos modelos basados en el éxito social en base del poderío económico, y no en el conocimiento, está protagonizado por hombres casi en exclusividad. Si este modelo, que esconde el conocimiento STEM, pues es el potencial económico lo único importante y solo parece ser accesible para hombres, parece casi un milagro, o una temeridad, que las chicas opten por la formación STEM.

¿Cómo vamos a convencer a las chicas de que se decanten por esta formación si hay pocos éxitos que obtener ni modelos que imitar? Parece obvio que el estereotipo que se asigna a las chicas vuelve a ser aquel que presente mucha menor agresividad o confrontación, menor exposición, pero que conlleva mucha menor necesidad de innovación, lo cual les resta posibilidades de crecimiento personal y profesional. Seguimos inmersas en el mismo círculo vicioso.

El enfrentamiento, no físico pero sí de carácter psicológico, se considera demasiado agresivo para las mujeres. Muchos gestores consideran que las chicas no tienen entereza suficiente para afrontar crisis de esta naturaleza manteniendo la cabeza fría y sin crisis sentimentales, las mujeres lloran, los hombres no, y con la máxima autoridad, es decir, sin tener que recurrir a sus superiores en busca de apoyo para confirmar su autoridad frente a sus compañeros. La exposición pública a los agentes sociales, los medios, la competencia, también se considera una actividad de alto riesgo para las mujeres, pues su





◀
Detalle de un cartel
en el Museo Nobel de
Estocolmo.

Fotografía cedida por la autora.

estabilidad emocional, afirman, es menor. El héroe abnegado y sacrificado es, en casi todas las películas, varón. La capacidad de innovación, de invención, de prever las necesidades futuras, también son virtudes que se asignan de forma muy mayoritaria a los hombres, especialmente a todos estos visionarios-millonarios que, aprovechándose de los conocimientos de las áreas STEM, son los que realmente están caracterizando nuestro siglo.

A las chicas, dentro del mundo STEM, se les asignan otros valores. Son típicos y tópicos aquellos que requieren una capacidad de mantener ordenadas las ideas, aunque no sean propias, hacer un aprendizaje con elevado carácter memorístico, dejando poco a la iniciativa propia, y que requiera de una actitud cuidadosa y casi maternal. Es más frecuente encontrar en las empresas tecnológicas con batas que con cascos, encerradas en laboratorios que entre los equipos de producción y realizando más cursos de formación que visitas a clientes y

proveedores. Por supuesto que los empleadores tienen una elevadísima responsabilidad en esto, pero no es de despreciar que las chicas son, con demasiada frecuencia, demasiado acomodaticias. El modelo y el reconocimiento sociales no ayudan, pero no hacer nada por cambiarlo, mucho menos.

El modelo educativo debe afrontar, en mi opinión, algunos cambios de orientación que pasan por la eliminación de ayudas y apoyos a todos los que discriminan a la mujeres en cualquier forma o aspectos; fomentar entre los padres la idea de que el progreso social puede alcanzarse de muchas formas y que en el futuro próximo el conocimiento STEM será diferencial para las personas; ayudar a los centros para que no se vean abocados a ofertar un único modelo homogéneo que orienta la formación hacia unas pocas figuras de éxito social, que viene definido por la obtención de fortunas económicas imposibles de lograr para la inmensa mayoría.

El conjunto debe completarse con una nueva lucha para evitar que las mujeres que sí han emprendido este camino no trunquen sus oportunidades encasillándose desde su inicio en las áreas de menor desarrollo. Luchar contra la idea de que hay actitudes que solo un hombre puede desempeñar de forma satisfactoria es obligado. Las mujeres debemos rebelarnos siempre contra la idea de que, si hemos alcanzado una meta es porque somos tan buenas como los hombres. Rechacemos esta máxima, pues lo único que dice es que los varones, casi por nacimiento, son todos buenos en su trabajo y tienen derecho a participar en todas las escalas sociales y ascenderlas sin ningún impedimento, mientras que nosotras debemos demostrar que nuestro nacimiento no fue un error, que somos igual de buenas que ellos y que, en definitiva, estamos dispuestas a convertirnos en hombres con faldas. Somos mujeres y debemos reivindicarlo.

EL ENTORNO DE LAS REDES SOCIALES

No quiero terminar este escrito sin hacer una mención crítica a las propias mujeres. Hace algunos años parece que habíamos superado el estereotipo de que toda mujer estaba obligada a cumplir con unos cánones estéticos determinados. Dicho con palabras sencillas, que estábamos obligadas a presentarnos siempre como unas señoras estupendas cuyo objetivo parecía ser el convertirnos en un adorno del decorado.

La lucha feminista iniciada en los años sesenta, algo más tarde en España, se centró mucho en este aspecto. No debíamos aceptar el comportarnos de una forma concreta y vestir de una determinada manera, porque ello era lo que el machismo imperante esperaba: una mujer adoctrinada y obediente, pero cuyo aspecto despertara la envidia del resto de hombres.

Esta actitud no se quedaba solo en lo estético, pues incluía también las formas de expresión. Las mujeres siempre éramos posesión de algún hombre, que se responsabilizaba de nosotras y de nuestro honor, aunque la realidad es que era exclusivamente el suyo.

Avanzaron los años y todo esto pareció que, poco a poco, quedaba como un resto del pasado. Pero con la mejora económica, se volvieron a implantar valores que parecían superados. De repente, comenzaron a surgir modelos sociales surgidos de tiempos remotos, juntándose todo ello con un tiempo de mayor libertad, en que las licencias erótico-sexuales hubieran escandalizado a muchos unas pocas décadas antes.

Creo estar en la obligación de denunciar que la sexualización de la sociedad me parece lamentable. Que los medios están llenos de personajillos de medio pelo que degradan la dignidad de las mujeres hasta niveles insospechados. Que es inaceptable que muchas mujeres, incluyendo a profesionales de todo tipo, sean víctimas de lo que denomino dictadura del tacón, y que creo suficientemente claro como para no precisar mayor explicación. No es de recibo que muchas madres estén incitando en sus hijas actitudes de exposición pública de sus atributos físicos exclusivamente, sin que se fomenten entre esas mismas jóvenes actividades intelectuales.

No podemos seguir calificando como herramientas de defensa de nuestra libertad a unas redes sociales en las que la impostura campa a sus anchas y que nada aportan al desarrollo personal de sus mayores usuarios. Se mide su actividad por número de followers, incluso de haters, se define como influencer a cualquiera que grita mucho, a pesar de no decir nada. Los mensajes de ciento cuarenta caracteres, los vídeos de unos pocos minutos y las temáticas que en ellos se ven no precisan una crítica más profunda para darnos cuenta de lo poco recomendables que son para que nuestras hijas puedan convertirse en las personas críticas que toda sociedad democrática precisa.

Estos mismos protagonistas de este nuevo mundo millennial se presentan a sí mismos, aunque no sé si de verdad o es una impostura más, como auténticos ignorantes. Como alguien crecido en las calles y en la vida, aunque ahora recluso en su habitación y escondido detrás de una pantalla y un teclado. Sus cabellos de colores y sus ropas extravagantes son la única prueba que presentan al mundo de estar de máxima actualidad, pues sus ideas, o la falta de ellas, no aportan nada. Pero todos los días nos informan sobre las fortunas que han logrado con apenas veinte años. Alguien que es incapaz de diferenciar entre una ecuación de segundo grado y una reacción química dispone en su cuenta corriente de varios millones de dólares. ¿Quién es capaz de convencer a una adolescente de que estudie resistencia de materiales en vez de subir vídeos a TikTok?

Todo lo anterior es perfectamente aplicable a todos los jóvenes, chicas y chicos. Este es el peligro real, que nuestros jóvenes crean a estos falsos apóstoles de la ignorancia.

Ana Isabel Elduque
Facultad de Ciencias
Universidad de Zaragoza